vivido con él largo tiempo como con hermano del alma en la lucha del colegio; yo he visto partir ancianos que durante largo tiempo confesaban no haber sentido deseo de dedicarse á las Misiones.

Á veces sucede que los Superiores que conocen á sus subordinados, determinan, por así decirlo, la vocación al dar la orden de partida. Pero todo esto supone, como diría Montaigne, largo tiempo de preparación. En esos años de vigilancia en el profesorado, que seguramente en el cielo se cuentan para nosotros como años de campaña, ¡cuántas veces la idea de las Misiones acude al alma de un joven religioso que escribe á sus superiores para ponerse inmediatamente á su disposición en este punto, y éstos le responden sencillamente: «¡Formaos en las virtudes sólidas!»

Las virtudes sólidas para él son: acostarse en el dormitorio, seguir á sus alumnos en paseo, jugar con ellos durante las horas de recreo, y cuando la fatiga le rinde, dedicarse á la preparación para un examen de licencia, en el que no había pensado cuando entró en el noviciado. Las virtudes sólidas para él son dar durante varios años cinco horas de clase á niños más ó menos perezosos.

En una palabra: una larga formación religiosa es indispensable. Pues esto es lo que la ley que se prepara va á suprimir.

Ella suprimirá otra cosa también.

¿Se ha pensado que la misma firma que al pie de ella se ponga, borra de un golpe el nombre de Francia á los ojos de tantas naciones extranjeras, y que esto es como si arriase su pabellón?

CAPÍTULO V

LO QUE HACEN LOS MISIONEROS POR FRANCIA. ESCUELAS Y HOSPITALES

Y sin embargo, ¡á qué contradicciones no ha sido conducido el Gobierno por la fuerza de las cosas!

A mediados del año de 1880, refugiado en una casa de la Avenida Bosquet, yo conservaba aún alguna esperanza de ver abrirse de nuevo las puertas de la escuela de Santa Genoveva, en la calle de Postas, cuyo umbral había yo franqueado al comienzo del mes de Septiembre como expulsado; esperanza bien ilusoria, pues antes de finalizar dicho año, yo partía para Inglaterra, donde debía permanecer diez años. Una mañana del mes de Mayo, el Reverendo Padre Superior de nuestro colegio y Universidad de Beyrouth fué á visitarnos. Llevaba bajo el brazo un envoltorio cuyo contenido me hubiera sido difícil adivinar.

Venía de casa del Ministro, que con la misma mano que había firmado nuestra expulsión, había tendido al Padre 250 billetes de mil francos, que el último venía á rogarme le ayudase á contar.

Estos 250.000 francos eran una subvención concedida á nuestra misión de Beyrouth por el Gobierno. Este recuerdo me volvió á la memoria leyendo estos días un libro publicado hace diez años y titulado *La lengua francesa y la enseñanza en Indo-China*, por E. Aymonier, Director de la Escuela colonial y miem-

bro del Consejo de Administración de la Alianza francesa.

En este libro, E. Aymonier, que no es sospechoso de clericalismo, después de decir que nosotros tenemos en Indo-China 9 obispos y de 500 á 600.000 cristianos, propuso que se dieran á nuestros misioneros católicos franceses las subvenciones que los ingleses les conceden en la India en favor de la enseñanza.

Y hace esta proposición, no sin haber dicho que los misioneros, como los cristianos, han sido recompensados hasta el presente de su papel de víctimas por los más feroces denegadores de justicia.

«Estad seguros—dice—que Francia no fundará en esos países nada que tenga carácter estable y definitivo, sin el auxilio de esos hombres frecuentemente sacrificados. A menos de pensar en abandonar Indo-China, solución que ningún Gobierno adoptará, importa al Jefe del Estado asegurar en Francia el reclutamiento anual de 50 á 100 misioneros. Esos religiosos, que al siguiente día de las más terribles catástrofes recomienzan su trabajo de hormiga con una perseverancia que yo desearía de todo corazón á los gobernantes de nuestra patria; esos sacerdotes que dirigen las conciencias de los hombres, de las mujeres y de los niños, serán nuestros más poderosos auxiliares en esta empresa gigantesca y patriótica: la imposición de nuestra lengua nacional en los pueblos de la Indo China.

»No voy á pedir que se les subvencione su culto. No. A nuestros misioneros católicos franceses yo no les daría, aunque si sobre más amplias bases, más

que las subvenciones que los ingleses les conceden en las Indias en beneficio de la enseñanza.»

Después de exponer su sistema, añade:

«Con esta doble serie de escuelas de francés, las unas subvencionadas y sostenidas las otras, y con numerosas escuelas profesionales, las bases de la enseñanza de la lengua y de la transformación moral é intelectual del país serían un hecho. Los discípulos más distinguidos de todas estas escuelas vendrían á perfeccionarse en las diversas instituciones técnicas de la Metrópoli.

»Una cuestión de la mayor importancia sería la elección y amplia distribución de los libros elementales, que diesen nociones morales y conocimientos prácticos útiles á nuestros nuevos súbditos. Estos conocimientos elementales consagrarían el estudio del francés, que sería exigido para el ingreso en las escuelas profesionales, para desempeñar todas las funciones oficiales, y también para cursar ciertas carreras bastante solicitadas por los indígenas.

«Así, los médicos, muy numerosos en Cochinchina, se transmiten á su agrado sus prácticas empíricas, con frecuencia pueriles ó infantiles. Si no recuerdo mal, pagan patente, lo que reemplaza todo título profesional. ¿No sería útil crear transitoriamente escuelas de medicina indígena, donde serían enseñadas las nociones elementales de la medicina francesa, y donde se practicaría también el estudio razonado de los procedimientos indígenas, exigiendo á los aspirantes el estudio de la lengua francesa? ¿Y después establecerse que estos nuevos médicos, que podrían

ser titulados, reemplazarían progresivamente á los antiguos profesores en Medicina?»

El supuesto peligro del clericalismo, no detiene á M. Aymonier:

«Un tercer error, quizá la falta más grave, ha sido olvidar en la Indo-China las grandes tradiciones de la política francesa, de la Convención, como de Luis XIV y hacer nula la frase de Gambetta de que la guerra al clericalismo no era artículo de exportación.

»Los almirantes, antiguos gobernadores—en ellos es preciso fijarse cuando se quiere hablar de medidas á la vez sabias, honradas y patrióticas—transmitiéndose una tradición de alta política, daban á los dos únicos obispados de la Cochinchina francesa una subvención anual que ha llegado hasta 160.000 francos; la cual fué brusca y radicalmente suprimida después de la partida de los almirantes.

»Al mismo tiempo era preciso reemplazar á todos los congregacionistas por maestros llevados de Francia, que cuestan mucho más, pues devoran casi inútilmente la mayor parte de ese enorme presupuesto de Instrucción pública de la Cochinchina francesa. Por gusto personal, tanto como por deber, no entra en mis miras hacer alusión alguna á lo que sucede en Francia, donde, además, las circunstancias son muy difíciles, y donde estamos como en familia. Pero en el extranjero ó en algunos países de reciente conquista no asimilados, es grave falta rechazar el concurso de una clase cualquiera de ciudadanos, dispuestos á trabajar para el fin patriótico común.

»A estos propósitos, tratemos en algunas palabras esta cuestión de las Misiones.

»Por su sola presencia, los misioneros y los cristianos nos han facilitado singularmente la toma de posesión y la conservación de aquellas lejanas comarcas. El partido de la resistencia nacional, más perspicaz que la mayor parte de los franceses, nunca se ha engañado en esto. En algunos años, casi podría decir en algunos meses, según las órdenes y los preparativos de este partido, más de 50.000 cristianos de todas edades y sexos han pagado con su vida las insignes torpezas de la conquista francesa.»

Después de esta confesión, M. Aymonier añade:

«¿Es preciso, en fin, defenderse de la idea de conducir la Indo-China francesa al peligro del clericalismo? ¿Es preciso hacer notar lo grotesco de la reunión de estas palabras, Indo-China, peligro del clericalismo, al siguiente día de la matanza de 50.000 cristianos en un país donde éstos son 500.000 en 20 millones de habitantes?

Lo pedido por M. Aymonier no ha sido acordado para la Indo China, aunque los resultados de la experiencia intentada en Siria hayan sido de naturaleza para dar ánimos en este asunto.

En Beyrouth, los jesuítas tienen colegio y Universidad. La construcción de ésta se comenzó en 1874; en 1875 se transportó allí el colegio, que hoy cuenta con 600 alumnos próximamente; en 1881 el establecimiento fué elevado al rango de Universidad; en 1883 se unió á él la Facultad de Medicina, que cuenta con 120 estudiantes, cuyos grados son reconocidos

por el Estado otomano, y que recibe del Gobierno francés una subvención de 100.000 francos.

La casa de Beyrouth, posee una imprenta de gran importancia, que publica un diario, una revista y gran número de obras de verdadero valor.

Se presenta una última pregunta, muy importante:

¿Qué lengua se enseña en estas diversas escuelas?

«La lengua del país y la lengua francesa son cuidadosamente enseñadas en todas las clases (1).

»La enseñanza es dada en francés. Sin embargo, en las primeras clases se hace uso simultáneo del francés y de la lengua indígena, para iniciar en el primero más rápidamente á los niños, que por regla general, tras un año de estudio, pueden sostener una conversación en francés. La lengua francesa es obligatoria durante las horas de recreo en la medida que es posible.»

M. Aymonier hubiera podido añadir interesantes detalles sobre la escasez de maestros y maestras en Cochinchina.

En Tonkin, en 1893, no había en todo el país más que 31 maestros ó maestras indígenas al servicio del Gobierno.

¿Se podrían encontrar más?

No es probable, ni para Tonkin, ni para Annam, ni para China, ni para Madagascar; pero si se les puede encontrar como se espera, ¡cuánto más fácil-

(1) Excepto en las Indias inglesas.

mente se les encontraría en Cochinchina, donde estamos establecidos desde hace treinta años! Sin embargo, el presupuesto de Instrucción pública de la colonia para 1893 no menciona para todo el país más que 81 maestros indígenas. Ni una sola maestra.

¿No está bien clara la escasez? El informante del presupuesto de Instrucción pública en el Consejo Superior de la colonia no dudó en ponerla de manifiesto, diciendo: «Señores, el reclutamiento de maestros indígenas para las escuelas cantonales, cada vez se hace más difícil, y se puede prever que llegue un momento en que será casi imposible.»

Ya las demandas son muy limitadas, y la Administración no puede mostrarse muy severa en la elección de candidatos.

¿Qué hacer? Elevar el sueldo de los maestros indígenas, estableciendo una escala, que empezando en 237 piastras 50, llegue á 625 para la primera clase. Esto es lo que el informante propone: sería curioso ver el resultado.

Pero si la dificultad es casi insuperable para las escuelas, ¿qué será para los hospitales?

Los Religiosos poseen también algunos hospitales. Inclinándose sobre los que sufren, conquistan muchos corazones. No preguntar su nombre á los enfermos junto á los que estos religiosos se sacrifican. En cualquier latitud que se encuentren, sea la que sea la raza á que pertenezcan y el aire que respiren, os responderán siempre como el condenado del Dante: «*Son un che piango;* soy un doliente que llora; uno de esos seres que arrastra por el mundo la cadena de sus do-

lores, cada vez mayor (1). Por eso bendigo á esos religiosos que se acercan á mi miseria para aliviarla.»

Los hospitales constituyen, pues, parte del poder de los Misioneros y una de las razones de la veneración que los rodea.

«He visitado la mayor parte de Oriente mediterráneo—escribe M. Gabriel Charmes (2)—y puedo afirmar que las Misiones católicas están allí rodeadas de las más ardientes simpatías. He visto monjes circular por poblaciones puramente musulmanas en medio de un respeto universal. Todos se levantaban para saludarles; algunos se acercaban á ellos para besarles la mano ó la falda de su traje. Esto depende de que las Congregaciones de Oriente no se contentan con predicar el cristianismo: tienen escuelas donde los niños de todas las religiones reciben la instrucción con una tolerancia ejemplar: tienen además hospitales donde todos los que se presentan son examinados, asistidos y á los que se les dan los remedios gratuitamente y sólo por amor á Dios. Me ha acontecido encontrar en Trípoli á un rico comerciante musulmán de Ghadamés, que me refería con gran dolor la partida de la Misión católica, después de la partida de los Misioneros de que he hablado más arriba. «¡Ya no hay nadie—me decía—para recoger á nuestros enfermos y para dar pan á nuestros pobres!» Pido perdón á los librepensadores, pero cuando rehúsan por el más necio de los fanatismos,

(1) Rouvier. *Lejos del país.*
(2) *Revista de Ambos Mundos*, 15 de Febrero de 1883, pág. 767.

el fanatismo antirreligioso, conceder á nuestros Misioneros reducciones de tarifa en los barcos subvencionados; cuando invitan al Gobierno con visible solemnidad, á no introducir oficialmente las Misiones católicas en el Congo; á no presentarlas en nombre de Francia á nuestro nuevo aliado el Rey Makoko, demuestran, sin duda, que son grandes filósofos, al abrigo de los prejuicios religiosos, pero demuestran también que no conocen nada del mundo y que ignoran por completo lo que sucede fuera del círculo de las comisiones ó del Salón de las deliberaciones públicas, donde bien pronto semejarán más bien un concilio de incrédulos que de representantes de un gran pueblo únicamente ocupado en el desarrollo de sus intereses.»

La influencia francesa obtiene, pues, beneficios de estos hospitales, lo mismo que de las escuelas católicas. Sería, pues, preciso reemplazarles, si las Congregaciones desapareciesen en las Misiones. Pero estos hospitales son numerosos. Las Hijas de la Caridad tienen siete solamente en Constantinopla, y unos treinta en el Levante. También los tienen en China y en Tonkin. Las Hermanas de San Paul de Chartres dirigen en las colonias ó países de protectorado, veinte hospitales militares y veintiuno civiles (1).

(1) En tanto que la viruela hacía estragos en la Martinica, un alto personaje fué á visitar el hospital. Apenas entró en la primera sala de variolosos fué atacado por el mal olor de los enfermos. «Hermana, dijo á la religiosa que vivía de continuo en aquella atmósfera pestífera, ¿qué preservativo usáis?—Sin pronunciar una palabra, la Hermana mostró un crucifijo.—Pues bien, añadió el visitante, cuando

San José de Cluny tiene por su parte ocho hospitales militares y diez coloniales. Hé aquí, pues, cerca de un centenar de hospitales para tres Congregaciones únicamente. Sin aumentar esta lista, cosa que sería muy fácil, ¿no podemos formular, respecto á estos hospitales, las mismas preguntas que para las escuelas? ¿Se está en disposición de asegurar este servicio? ¿Se cuenta con los fondos necesarios para ello? ¿Se piensa en los gastos? ¿Dónde se encontraría el personal suficiente? ¿Se cree que se encontrarán tan fácilmente enfermeras laicas para los hospitales de Haïphong, de Bienhoa ó de Sontay, como para Necker, Lariboisiere ó Beaujon? Terminado su servicio, la enfermera parisiense vuelve al lado de su familia y va á pasear. En Tonkin no tendría para dar su paseo más que los arrozales tristes y húmedos, con la amenaza de las insolaciones mortales durante el día y de la fiebre palúdica durante la noche.

Así, pues, en lo que se refiere á las Misiones, sus escuelas y sus hospitales, ese sueño de «dar carácter laico á nuestra propaganda exterior» que algunos acarician, choca en la realidad con obstáculos infranqueables, en su conjunto al menos.

Pero, aunque no lo fuesen, aún quedaría una cuestión por resolver: si los establecimientos de las Misiones desapareciesen, ¿se cree que los Gobiernos extranjeros dejarían que Francia fundase tranquilamente escuelas para reemplazar á aquéllos?

La Sublime Puerta ha respondido ya á esta pregunta con la circular confidencial, núm. 51, que más arriba hemos citado.

«La fundación de las escuelas creadas bajo la influencia extranjera, se dice allí, no tiene por objeto la instrucción de la juventud y la enseñanza, y no es más que un pretexto para aumentar la influencia extranjera en Turquía, y es preciso impedir que esas escuelas se multipliquen, bajo pena de ver ejercitarse esta influencia en el interior y en el exterior de un modo intolerable.»

Esta táctica podría ser seguida en otros sitios además de en Constantinopla. Francia no podría invocar ya, en defensa de sus escuelas, el gran principio de la libertad de conciencia para sus correligionarios como hoy puede hacerlo. ¿Qué diría entonces, y cómo conseguiría conservar las posiciones que ocupa en este momento gracias á las Misiones?

El extranjero, nuestro rival, allí como en otra parte, viene en nuestro socorro en esta cuestión por los testimonios que le arranca la fuerza de la verdad.

En uno de los manifiestos de la Sociedad Palestiniana de Colonia, leemos estas líneas:

«La República francesa ejerce su protectorado en todos los establecimientos católicos. Todos los eclesiásticos y religiosos católicos, de cualquier nacionalidad que sean, dependen de la jurisdicción francesa.

---

muráis, si Dios os envía al Purgatorio, recordadle que habéis asistido á enfermos de viruela.» Y se alejó.

Cuando la Superiora principal de la Guadalupe, la Hermana Adelaida, murió en 1870, había tres medallas de oro sobre su ataúd. La Cruz de honor hubiera también podido estar allí. Pero cuando se la ofrecieron, la buena hermana la rehusó diciendo sonriente: No quiero poseer en la tierra más Cruz que la de mi rosario.

Este privilegio asegura á los franceses una situación poderosa... ¿Debe esto continuar?»

Seguramente no es posible que este estado de cosas pudiera perpetuarse después de un nuevo ataque contra las Congregaciones religiosas de Francia, sobre todo si este ataque era decisivo.

Los decretos de 1830 crearon por un momento á las Congregaciones religiosas una situación muy delicada en las Misiones. Pero no hicieron tampoco fácil la de nuestros agentes en el extranjero. El gobernador de las Dardanalles decía un día á nuestro vicecónsul: «En vuestro país proporcionáis grandes disgustos á vuestros curas y aquí pretendéis ser sus defensores» (1). Y esta frase no tenía réplica.

¿Qué queréis que respondieran nuestros embajadores y nuestros cónsules, si á sus reclamaciones en favor de los Misioneros, la Sublime Puerta, la corte de Emyrne ó de Tsong-li-iamen se limitasen á contestar: «Seguimos vuestras huellas. Esos religiosos os han parecido peligrosos, y á nosotros nos lo parecen también. Les habéis reducido á la impotencia en vuestro propio país, destruyendo allí sus obras porque tienen un jefe en Roma y sucursales en el extranjero. Esta razón nos parece también suficiente; la tomamos de vosotros, y destruímos sus escuelas, sus hospitales, etcétera, porque pertenecen á religiosos que obedecen á un jefe residente en Roma y tienen sucursales en el extranjero. Vuestra influencia podrá padecer por esto, es posible; pero ¿con qué derecho nos imponéis en nuestra casa religiosos franceses que ya no queréis en Francia? ¿Y por qué nos habéis de obligar á permitirles vivir en común, á enseñar, á tener propiedades en nuestra casa, cuando vosotros les habéis prohibido vivir en común, enseñar y poseer bienes en vuestro país, por más que ese país sea el suyo tanto como es el vuestro?»

(1) GASTON DESCHAMPS: *En Turquía.*

¿Cómo refutar semejante respuesta?

El R. P. Rouvier, el R. P. Bélanger y el R. P. Piolet, en sus hermosas obras han referido los servicios prestados á Francia por los religiosos misioneros; no creo que pueda hacer cosa mejor que remitir al lector á estos libros. No obstante, me parece que debo decir algo de la Misión de Cayenne (1).

CAPÍTULO VI

CAYENNE

De tal modo ha sido atraída la atención hacia Cayenne en estos últimos años, que parece cosa inútil hablar de su mortífero clima. Aquellos primeros jesuítas que fueron enviados á Guyana, no estaban en condiciones de defenderse de él, ó no creían que debieran tomar precauciones; imprudencia que casi todos pagaron con su vida.

¡Con qué emoción nos despedimos de ellos, seguros de que la noticia de su muerte no tardaría!

(1) *Lejos del país*, Rouvier.—*Los desconocidos*, Bélanger.—*Fuera de Francia; las Misiones*, P. Piolet.